

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

LAS ALMAS DEL PURGATORIO

S. MILLÁN – 2020

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Eugenia von der Leyen y las almas del purgatorio.

La venerable María Ana Lindmayr y el purgatorio.

Santa Crescencia Höss.

María Simma.

Vble. María de Jesús Ágreda.

Beata Ana de los ángeles Monteagudo.

Santa Margarita María de Alacoque.

Beata Inés de Benigánim.

Sierva de Dios Eduvigis Carboni.

San Pío de Pietrelcina.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En su *Informe sobre la fe*, el cardenal Joseph Ratzinger explicaba: *Hoy todos nos creemos tan buenos que no podemos merecer otra cosa sino el paraíso. Esto proviene de una cultura que tiende a borrar del hombre todo sentimiento de culpa y de pecado. Alguien ha observado que las ideologías que predominan actualmente coinciden todas en una cosa fundamental: la obstinada negación del pecado, del infierno y del purgatorio... Yo digo que, si no existiera el purgatorio, habría que inventarlo. Porque hay pocas cosas tan espontáneas, tan humanas, tan universalmente extendidas, en todo tiempo y cultura, como la oración por los propios allegados difuntos.*

Después de la muerte, el alma experimenta el amor de Dios con tal intensidad que siente la imperiosa necesidad de amarlo con todas sus fuerzas, pero no puede, porque está *enferma* por las secuelas de sus pecados y necesita purificarse. Es como un enfermo de los pulmones que quisiera respirar sin dificultad y necesita primero curarse para poder respirar a pleno pulmón. Así también el alma quiere amar a Dios con toda su capacidad y sufre, porque no puede amarlo en plenitud. Sin embargo, lo grande de todo este misterio es que la misericordia de Dios permite que los vivos puedan suplir por los difuntos y así puedan sanarse más rápidamente. Es como si les obtuviéramos la medicina adecuada que, en un instante o en poco tiempo, los curara y los purificara totalmente. O como si pagáramos su deuda de golpe (indulgencia plenaria) para que fueran directamente al cielo, o pagarla por partes para que vayan creciendo gradualmente hasta la plenitud de su amor.

Una religiosa hablaba así del purgatorio. Supongamos que un día se abre una puerta y aparece un ser espléndido y maravilloso. Nosotros nos sentimos anonadados y fascinados por su belleza y él nos dice que está locamente enamorado de nosotros. Uds. jamás han soñado poder ser amados así. Tienen gran deseo de arrojarse en sus brazos para sentir su amor, pero se dan cuenta que hace meses que no se asean y huelen mal, tienen el pelo grasiento y el vestido lleno de manchas... Y le dicen: *Espere un momento* y se van primero a lavarse y asearse. Pero el amor es tan intenso que cada minuto de retraso es un sufrimiento insoportable. Pues bien, el purgatorio es algo de eso, un retraso impuesto por nuestra impureza antes del abrazo pleno y definitivo con Dios. El purgatorio es como un deseo inmenso de Dios, un deseo loco de amar a Dios en plenitud, que hace sufrir lo indecible al alma que espera.

Sin embargo, podemos decir que el purgatorio no es una cárcel terrible en la cual el alma es prisionera de la venganza divina. NO. El purgatorio es una penosa purificación para hacer capaz al alma de gozar plenamente de la felicidad del paraíso ¿Quién podría decir que es cruel quitarle la pelusa del ojo a alguien para

que pueda disfrutar de la belleza del paisaje? ¿Quién consideraría una crueldad el hacer tomar al enfermo de estómago una amarga medicina para que pueda disfrutar del banquete al que está invitado? El alma, en el purgatorio, es una alma enferma que necesita las medicinas de los sufragios, oraciones y misas para sanarse y ser feliz. En el purgatorio, debemos pagar hasta el más mínimo pecado y lavar la más mínima mancha. Por eso, no debemos dejar pasar fácilmente los pecados veniales, como si no tuvieran importancia. Todo pecado, hasta el más pequeño, es una imperfección y una falta de amor a Dios.

EUGENIA VON DER LEYEN Y LAS ALMAS DEL PURGATORIO

Era una princesa alemana que escribió sus experiencias con las almas benditas por indicación de su director espiritual, el padre Sebastián Wieser. Eugenia nació en Múnaco de Baviera el 15 de mayo de 1867 y murió el 9 de enero de 1929. Escribe en su Diario: El 9 de agosto de 1921 a las 5 p.m. vi en el jardín entre dos árboles una monja. Parecía esperarme. Pensé que se trataba de una vieja amiga y fui a verla. De repente desapareció sin dejar rastro. El 14 de septiembre la vi de nuevo, pero me era totalmente desconocida. Me pareció que no tenía brazos... El 3 de noviembre a las once de la noche iba a descansar, cuando vi mi habitación totalmente iluminada. Y allí estaba la misma figura. Era una monja. ¡Qué cambiada estaba! Salía de ella un gran resplandor, su vestido negro parecía hecho de luz, pero lo más hermoso era la expresión de su rostro. Sus ojos ya habían visto al buen Dios. Me miró sonriendo, se veía muy feliz. Sus manos estaban cruzadas sobre su pecho. Su rostro era solo comparable con una piedra preciosa. Solo se me ocurrió preguntarle: *¿Cómo te llamas?* Hizo la señal de la cruz y desapareció. Quedé en completa oscuridad. La luz no estaba encendida, no pudo ser una alucinación.

El 4 de febrero de 1922 a las 9 a.m. me encontré con una señora con vestido negro oscuro. El 20 de mayo la vi entrar en la biblioteca en el segundo piso... Cuando abrí la puerta, la encontré de pie frente a mí como si estuviera esperándome. Le pregunté: *¿Quién eres?* Respondió: *María Schoenborn*. Era una tía abuela mía que no llegué a conocer. *¿Qué quieres de mí? ¿Por qué no tienes paz? Porque aquí he pecado.* Recé mucho por ella. El 16 de septiembre de 1923 volví a verla. Le pregunté: *¿Estás bien?* Ella me respondió: *Te agradezco lo que has hecho por mí.* Me llené de alegría. Es maravilloso que las personas queridas vuelvan.

El 3 de marzo de 1923 a las dos de la mañana me desperté y vi un rostro repugnante. Yo le dije: *En nombre de Jesús te ordeno que me respondas:*

- *¿Por qué estás aquí?* Exclamó:

- *Asesiné a mi bebé.*
- *¿Cómo te llamas?*
- *Margarita*

Mandaré celebrar una misa por ti, no te olvidaré. No necesitas volver. Recé con ella y desapareció.

En el verano vi tres veces a una mujer caminando de un lado a otro en el pasillo de mi casa con expresión muy triste. Cuando le pregunté algo, me contestó: *Nadie reza por mí.*

El 14 de agosto de 1923 vi un caballero con su armadura arrodillado en la iglesia delante del altar. El 20 de agosto volví a verlo de pie cerca del altar. Tenía la estatura de un gigante. Tal vez sea el hombre que está enterrado en el coro de la iglesia que fue encontrado cuando se hizo el piso nuevo y tenía un esqueleto extraordinariamente grande. El 12 de octubre volví a ver al caballero en la iglesia. Le pregunté: *¿Puedo hacer algo por ti?* No respondió, pero tenía un aspecto agradable con su espléndida armadura. No sé a qué siglo pertenezca. El 20 de noviembre vi al caballero en la iglesia. Quise preguntarle algo, pero no se movía, seguía rezando. He tocado su armadura, es dura. No es viejo, tiene el cabello largo y rubio. El 9 de marzo de 1925 regresó. Vi sus manos ensangrentadas. Fui rápidamente a por agua bendita. Le eché una botella de agua bendita y me lo agradeció. Observé que ni una gota cayó al suelo.

El 16 de noviembre de 1923 vino Catalina a la una de la madrugada. Le pregunté: *¿Por qué sufres tanto en la boca? Porque siempre provoqué divisiones entre la gente con mis palabras.* Empezó a llorar desesperadamente. Le dije: *¿Debes sufrir mucho todavía?* Respondió: *Sí y tú me das paz.* Ella estaba bien vestida y tenía una cadena de oro. Quizás tenga 40 años. Poco a poco he notado un cambio en ella. Ahora ya sonríe. Me dijo que murió el año 1680 y estaba enterrada en Kempten.

Otro día vino Enrique. Parecía una bestia. Se tiró al suelo y yo me encomendé a la Virgen, luego se calmó un poco. Se fue a las tres de la mañana para regresar a las cinco. Cuando le dije que quería ir a la iglesia a rezar por él, lanzó un terrible grito. Volví a rezar por él y comenzó a llorar amargamente. Le dije para consolarlo: *Te agradezco, porque cuando yo era pequeña me diste pequeñas alegrías y me dabas ciruelas. No lo he olvidado. ¿Cómo puedo ayudarte?* Me extendió su mano, la tomé y estaba calentísima. Le eché agua

bendita. Su rostro se puso más amable y le dije: *Vete que tengo que ir a la iglesia.* Y se fue ¹.

Un día vino Weiss. Le pregunté: *¿Eres Fridolino Weiss?* Respondió: *Sí. ¿Sufres mucho? Sí,* contestó. *¿Como puedo ayudarte?*

- *Con sacrificios.*
- *Ya lo hago.*
- *No es suficiente.*

Se me acercó y puso su mano en mi brazo y desapareció. Me parece algo cómico ver ahora en semejante estado al elegante administrador Weiss. Lo recuerdo muy bien, cuando estaba vivo. El 20 de junio de 1924, cuando estaba a punto de flagelarme por Weiss, vino y se puso a mi lado con rostro alegre. Me dijo: *Me has liberado.* Respondí: *No yo, sino la misericordia de Dios. Sí, pero por medió tuyo.* Y se fue dejándome en una nube de luz.

El 14 de julio de 1924 vi dos hombres en el primer banco del altar de la cripta. Se me presentaron tan naturales que me arrodillé en el banco, detrás de ellos, para ver quiénes eran. Solo entonces me di cuenta quiénes eran. Llevan hábitos negros y son de otra época. Les di agua bendita y desaparecieron.

El 17 de junio de 1924 vino una mujer, que había sido revendedora. La reconocí. Se llamaba Blochem Nandl. Fue el terror de mi infancia y muy temida por todos. Creo que murió en 1893. Vino, del 23 de junio al 14 de julio, y le pregunté: *¿Tienes nostalgia de Dios?*

- *Sí.*
- *¿Debes estar mucho tiempo sin verlo?*
- *Aún no estoy pura*
- *¿Cómo puedo ayudarte?*
- *Regálame siete comuniones, porque esas veces la recibí indignamente.*

Luego empezó a llorar. Parecía consumirse de dolor. No pude hacer nada más que abrazarla. Cuando volví a mirar, toda la maldad y el horror habían desaparecido.

El 9 de agosto de 1924 un ruido me despertó y vi inclinado sobre mí algo tan repugnante que, de solo recordarlo, me lleno de terror. Era una cabeza

¹ Eugenia von der Leyen, *Mis conversaciones con las almas del purgatorio*, printed by Amazon, Italia, pp. 27-73.

gigantesca con ojos penetrantes como ninguno. Yo le dije: *Vete ¿Qué buscas aquí?*

- *La paz.*
- *Yo no puedo dártela.*
- *Tú debes amar a tu prójimo como a ti misma.* Al día siguiente regresó. Ahora vi también su cuerpo y le pregunté: *¿Quién eres?*
- *Wolfraan*
- *¿Cómo es que ya puedes hablar?*
- *Hace mucho tiempo que estoy cerca de ti.*
- *¿Por qué no te he visto?*
- *Tu fuerza se dirigía a ayudar a los demás.*
- Otro día vino y le pregunté: *¿Por qué sigues viniendo?*
- *No has tenido misericordia conmigo.*
- *¿Qué quieres?*
- *Una misa*
- *¿Dónde estás sepultado?*
- *En Augusta.*

El 19 de octubre de 1924 se me presentó una mujer. Tenía un rostro tan joven como nunca antes lo había visto en estas almas. Recé el rosario y puse mi rosario en su mano y lo sostuvo durante la oración. Cuando se fue, el rosario cayó al suelo.

El 30 de octubre, después de la misa por el aniversario de la muerte de mi abuelo, lo vi en nuestro oratorio tal cual era en vida. Tenía una expresión alegre y sonreía. Su cabello era blanco brillante. Estuve muy contenta de verlo. Me quiso mostrar que después de aquella misa, había sido liberado e iba al cielo ².

El 15 de febrero de 1925 vi en el tercer piso, al hombre que había venido anteriormente una vez con Barbara. Me extendió las manos y las vi con sangre. Le pregunté:

- *¿Eres asesino?*
- *Sí.*
- *¿Fuiste tú el que hirió a Bárbara en la cabeza?*
- *No.*
- *¿A quién mataste?*
- *A su hijo. Por la herencia.*

² Ib. pp. 109-120.

Lleva un traje como del siglo XVI, es joven y no da miedo. Me causa mucha pena con esos ojos suplicando ayuda.

El 18 de marzo de 1925 vi al padre Natterer. No sabía que había muerto. Se encontraba en malas condiciones. De todos modos, no tengo dudas, era él. Su rostro es inolvidable y siempre tan malgeniado. Estaba envuelto en una masa pegajosa, que ya he visto en otras apariciones. En él pena. El padre Natterer vino otras 14 veces y lo único que me pedía era: Una misa. Lo rociaba con agua bendita y después me miraba con gratitud y yo sentía una gran alegría.

El 24 de abril de 1925 se presentó una bestia semejante a un búfalo o toro totalmente negro. Me quedé espantada. Saltó sobre mi cama y, cuando le eché agua bendita, desapareció. Esta bestia vino tres veces durante la noche. Le pregunté si era un alma humana y me respondió: *Soy Juan*.

- *¿Por qué estás como una bestia?*
- *Por mi pasión.*
- *¿Qué debo hacer por ti?*
- *Todo lo que puedas. Sufro mucho.*

Luego comenzó a saltar como un loco o como una bestia enfurecida. Cuando llega, viene a cuatro patas. La cara poco a poco se le ha vuelto más humana. Su piel está húmeda como si hubiese salido del agua. El 22 de mayo lo reconocí: *Es el doctor Juan que parecía un muy buen hombre*. Le pregunté: *¿Por qué no puedes encontrar la paz?*

- *Los pecados ocultos.*
- *¿Qué puedo hacer para ayudarte?*
- *Flagelarte. Si te flagelas por mí, tú y yo tendríamos paz.*

El 8 de junio vino Juan con apariencia completamente humana. Le dije: *Ahora verdaderamente te ves como antes. ¿Por qué tuviste que aparecer en forma de animal? Era la figura adecuada con mi forma de vida. Pero tú viviste una vida normal y no diste escándalos.*

La justicia de Dios lo ve todo distinto a como lo ven los hombres, y mi alma tuvo hambre de Dios, lo busqué, pero no lo hallé. A última hora creí. Ahora me encuentro en un espacio intermedio.

- *¿Qué quieres decir?*
- *Estoy entre la oscuridad y el esplendor.*
- *Entonces pronto estarás libre. Y respondió: Sí.*

El 11 de julio de 1925 vino un hombre. No lo reconocí. Él me dijo: *Tú me ayudaste cuando estaba vivo. Mírame. Soy el pobre Martín.* Parecía un mendigo, más bien mayor y con barba.

Otro día vino Isabella, que murió en 1846. Le pregunté: *¿Dónde estás enterrada?*

- *En París.*
- *¿Por qué no encuentras la paz?*
- *Nunca pensé en mi alma.*
- *¿Cómo puedo ayudarte?*
- *Una santa misa.*
- *¿No tienes más parientes?*
- *Ellos han perdido la fe.*

El 5 de septiembre de 1925 vino un dominico. Tenía el rostro irreconocible, pero no daba miedo. El 17 de septiembre yo estaba triste y sentí una mano posarse sobre mi cabeza. Era el dominico. Me dijo: *¿Por qué lloras? Ten confianza y sé humilde.* Yo le dije: *¿Qué puedo hacer para ayudarte?* Contestó: *con la mortificación.* El 18 de octubre de 1925 vino de nuevo y le pregunté qué podía hacer por él. Me dijo: *Siete comuniones.*

- *¿Por qué no me lo pediste antes?*
- *Porque ya las habías dado a otros.*

El 24 de octubre vino otra vez. Le pregunté: *¿Por qué algunas almas me atormentan, cuando vienen como animales o llenas de fuego?*

- *Esas son las almas que viven en las profundidades (del purgatorio).*
- *¿Cuándo moriste?*
- *Hace cuatro meses.*

El 2 de noviembre, fiesta de los difuntos, vino una vez más el dominico y me dijo: *Hoy la sangre de Cristo fluye a torrentes Hay muchas misas a nuestro favor. Ahora estoy más cerca (del cielo).*

Ese mismo día vino uno en forma de simio. Recé una oración por él. Entonces se puso delante de mí y me miró de una forma tan suplicante que me partió el corazón. Me sentí movida a acariciarlo. Era pegajoso al tacto. Le dije: *Dime ¿quién eres?*

- *Impuro.*
- *¿Por qué te encuentras en semejante estado?*

- No hay pecado que no haya cometido. Hasta la última hora, desprecié al Altísimo. Después vino el reconocimiento y me salvé del infierno.

Vino otro día y me dio una bofetada en la cara y desapareció. No comprendo por qué mientras trato de ayudarlo, él me hace daño. El 8 de noviembre regresó y me dijo que me golpeó porque quería atormentarme.

Pero si tú te has salvado, ¿por qué todavía eres malo? No veo en ti más que un espantoso animal.

Se me acercó y vi cosas indescriptibles. Su cuerpo estaba totalmente agujereado y en cada hueco se movían miles y miles de gusanos. Todo en él estaba siendo devorado por gusanos y más gusanos. Nunca en mi vida había visto algo tan repugnante. Me explicó:

- Mis pecados claman al cielo y hay pecados que todavía debo pagar.

El 27 de noviembre volvió y gritó: *Me quemo. Agua bendita.*

De inmediato le eché agua bendita y ni una gota cayó al suelo. Me miró agradecido y comenzó a llorar.

- ¿Quién eres?

- Egolfo von R.

- ¿Viviste aquí?

- Viví y pequé. Aquí cometí pecados abominables.

- ¿A quién mataste?

- A Susana. Nunca se supo que yo la había matado. Era una niña inocente. Después de haber estado en las tinieblas alejado de Dios, ahora estoy más cerca.

- Después de la muerte ¿adónde se va?

- Primero al juicio y después al castigo.

- Entonces, ¿te encontraste con el buen Dios?

- Sí, lo adoré y luego me precipité.

Vino el 18 de diciembre. El simio se había convertido en una furiosa bestia. En un momento se vació la piel, sacudiéndose y echando los gusanos sobre mi cama. Creí morir de espanto. Al irse, se fueron con él los gusanos y eso fue para mí un verdadero consuelo. Finalmente se presentó con figura humana. Es un hombre más bien joven. Ya no me produce miedo, aunque su mirada es agria e intranquila.

- ¿Cómo es posible que se presenten sus almas en formas distintas?

- *Por permisión de Dios. Tú no puedes ver el alma.*

El 3 de febrero de 1926 se me presentó un alma y me dijo que se llamaba Gisela. Era distinta a los demás y me dijo que eso se debía a que estaba cercana a ir (al cielo) a adorar a Dios.

El 19 de febrero de 1926 vino un alma en medio del fuego como una masa sin forma, toda oscura. Las llamas no emiten calor. La he rociado con agua bendita. Esa masa oscura era una serpiente. Al verla me sentí paralizada de miedo. Tiene los ojos de fuego en los que se ven claramente su inmenso sufrimiento. Rezar con una bestia delante es una sensación muy difícil. Por eso, no suelto de mis manos la reliquia de la santa Cruz, que me da mucha tranquilidad. La serpiente se enrolló como lo hace una serpiente. Salió al pasillo arrastrándose. Es de color gris-oscuro con rayas blancas. La toqué con mi bastón y de inmediato se estiró. Después de rezar con ella, se me acercó y me dio miedo.

Por fin el 10 de marzo reconocí que era una monja. Pregunte: *¿Quién eres?*

- *Un alma sedienta.*

- *¿Por qué has venido en forma de serpiente?*

- *Aún no estaba en condiciones de mostrarme en otra forma. Es la imagen de mi vida: Juramentos falsos, mentiras e hipocresía. Fui una monja. Antes de morir recibí los sacramentos como se debe. Si rezas por mí y te flagelas, entonces iré a la luz.*

El 19 de marzo de 1926 regresó. Era María R., una monja francesa. Murió hace 5 años en Marsella. El 1 de abril estaba sola en un vagón del tren y se me presentó. Le pregunté: *¿Hasta cuándo seguirás viniendo?*

- *Hasta que cantéis el Aleluya.*

- *Entonces, pasado mañana que es Pascua.*

- *Cuéntame algo del más allá.*

No podrías comprenderlo. Es lo infinito de lo infinito. Después empezó a cantar, parecía latín. El domingo de Resurrección nunca lo olvidaré. Vi a la monja frente a mí, toda revestida de luz al pie del altar. ¡Qué enorme diferencia de aquella figura de serpiente! Oh, buen Dios, te lo agradezco.

Otro día, en el camino que va al molino, encontré una mujer. Cuando pasó cerca de mí, gritó: *Misericordia.* Me di la vuelta y me di cuenta que era un alma del purgatorio. Le pregunté: *¿Qué puedo hacer por ti?* Me dijo: *Soy Teresa B.*

Le dije: *Tú llevaste una vida muy honrada.*

Sí, pura apariencia, solo fui sincera, estando a punto de morir.

El 30 de abril de 1926 se me apareció en pleno día un hombre muy triste y miserable. Traía la cabeza y las manos llenas de sangre. Le dije:

- *¿Qué puedo hacer por ti?*
- *Dame tu mano. Se la di con gran temor, sabiendo que se me llenaría de sangre, pero nada pasó. Solo la sentí caliente.* Me dijo:

- *Tú me das consuelo.*
- *¿Quién eres?*
- *Me llamo Luis. Debes conocerme. Estoy sepultado en el abismo.*

El 5 de mayo me vino a la mente que podría tratarse de Luis Z., que en el año 1879 fue un gran escalador y creo que murió en Todi, un desastre para el alpinismo. Me dijo que sí.

- *¿Tus huesos aún están en el abismo?*
- *Sí, pero eso no perjudica nada a mi alma, estoy salvado. Debo expiar aún demasiado. Mi vida fue un sin sentido, sin un valor. Cuán pobre soy, reza por mí.*

Otro día me dijo: *Estoy triste y veo todo muy claro. Mi vida perdida, pero ya es demasiado tarde.*

¿Tuviste el arrepentimiento inmediatamente después de la muerte?
No. Estoy salvado por la misericordia de Dios.

El 15 de mayo le pregunté: *¿Ahora estás contento?*

- *Sí, es la paz.*

¿Viene sobre ti? Voy hacia la luz deslumbrante. Durante el día vino tres veces, cada vez más alegre y fue en verdad una gloriosa despedida³.

El 17 de junio de 1926 vino una mujer y dijo que se llamaba Eleonora. Se presentó como un gigante. Durante la noche vino y apoyó su cabeza sobre mi mano, los ojos fijos en mí. Tomé agua bendita y la derramé sobre ella. Me dijo: *Eres misericordiosa. Si tú supieses cuánto pequé...* Puedes escribir a Passavia, donde vivía. Diles que el niño asesinado era mío.

- *¿Cuándo asesinaste al niño?*
- *En el verano de 1823, yo calumnié a G.*

³ Ib. pp. 126-166.

- El 29 de junio de 1926 regresó y me dijo: *Dame la mano*. Se me acercó sonriendo.
- *¿Así de contenta estás que sonríes?*
- *He superado el desamparo.*

Siguió viniendo, pero con una expresión de felicidad, cada día más cerca de la luz (cielo).

El 9 de julio de 1926 vi a un hombre viejo con un traje del siglo pasado, con una chaqueta marrón y una cadenita de oro. Dijo que se llamaba Nicolás y que había oprimido a los pobres y ellos lo habían maldecido. Era de Mainz.

Me dijo: *Ofréceme todo lo que más te cuesta. La oración debe estar siempre unida al ofrecimiento de la voluntad.*

El 29 de julio de ese año 1926 vino Nicolás y puso su mano sobre mi cabeza y me miró con mucha simpatía. Le dije: *Tienes una cara muy feliz. ¿Ya puedes ir al buen Dios?*

Tu sufrimiento me ha liberado. Estoy sepultado en Nacker y morí en la guerra.

El 12 de abril de 1927 se me presentó una mujer llamada Cecilia y me dijo que había calumniado. Después de rezar por ella, le dije: *Tienes el rostro muy hermoso. Te ves diferente. ¿Estás mejor?*. Me respondió: *La niebla ha desaparecido y ahora yo adoro a Dios*. Después me acarició el rostro con su mano.

Otro día vino una amiga mía Gr. De M., fallecida en enero. Le dije: *Tienes un rostro muy alegre. ¿Dónde estás?*

En un bellissimo salón. Regresó a los tres días. Me explicó que habló de salón para que la entendiera.

- *¿Estás en el cielo? No, pero estoy en espera del premio. El premio es por el cumplimiento del deber de cada día y tener espíritu de sacrificio.*
- *¿Sabes cómo has dejado a tu esposo?*
- *Nosotros vemos con distintos ojos. Todo lo que ocurre es para nuestro mayor bien.*

LA VENERABLE MARÍA ANA LINDMAYR Y EL PURGATORIO

Comienza su Diario, diciendo que escribe por obediencia a su padre espiritual, el padre Cándido de san Eliseo (+ 1720). Y refiere: Desde que tenía doce años tuve la gracia de poder ver a las almas del purgatorio, que se presentaban ante mí en diferentes formas. Esto comenzó desde la muerte de mi padre. Al tercer día de su muerte, mientras su cuerpo estaba aún en la casa, el día de santa Catalina, virgen y mártir, advertí la presencia de mi amiga María Ana Pecher, que murió el 28 de noviembre de 1690. El 1 de diciembre, mientras rezaba delante de una imagen de María, oí que me decían: Reza por mí. Y sentí un soplo de viento frío en el rostro, que me sacudió. Después, caminando por la noche con un linterna, vi algo semejante a una sombra, que pasaba junto a mí, pero no vi nada más.

Por fin el día de la Inmaculada Concepción de 1690 me sucedió que, yendo a misa a las cuatro o cuatro y media de la mañana, estando completamente sola en el camino con una pequeña linterna en medio del camino de los Carmelitas, vi delante de mí una persona vestida toda de blanco, alta como la señorita Pecher. No hice caso. La figura me precedía por el camino hasta la iglesia de los jesuitas. Al llegar traté de ver quién era aquella persona. En la capilla vi de quién se trataba, de María Ana Pecher. Siguió apareciéndose a medianoche, despertándome. Poco a poco le fui sintiendo cariño y recé por ella con mucha fe.

Me fue revelado que esa alma estaba destinada a ser virgen, pero el Señor se la llevó pronto, porque estaba comprometida en matrimonio. Así pudo morir virgen. Otro día vino su madre muerta y, al igual que ella me había tocado con el dedo y me había hecho una herida en la pierna, como si me la hubiera hecho con un clavo ardiente, su madre me tocó y la herida fue más fuerte. Su madre había hecho todo lo posible para que no hiciera los votos y además se había excedido mucho en comer y beber. Tuve que ayunar a pan y agua en su favor. Y después de haber hecho mucho para reparar los pecados de estas almas, madre e hija, vinieron a mi habitación el 13 de diciembre de 1690, día de santa Lucía mártir. Entonces oí un canto muy bello: ¡Qué alegría cuando me dijeron vamos a la Casa del Señor! (Salmo 121, 1), que me llenó de una inmensa alegría.

La noche siguiente vino la madre de mi padre. Era la fiesta de san Juan de la Cruz, el día en que había muerto hacía 17 años. Nunca me habría imaginado que estuviese aún en el purgatorio; pensaba que estaba ya en el cielo. Sin embargo, algunos días y en especial el día de las ánimas (2 de noviembre) sentíamos rumores en casa, pero no creíamos que se pudiese tratar del alma de mi abuela. La vi en el mismo estado que tenía cuando murió. Tuve mucha compasión por ella, porque durante su vida la había querido como a una madre

y estuve con ella cuando murió. Había vivido en nuestra casa varios años y ella amaba la paz. Nunca había estado en desacuerdo con mi madre y todos la queríamos. Mi abuela era muy religiosa y había dado buen ejemplo hasta su muerte a los 84 años. Por eso, todos creíamos que no estaría ya en el purgatorio. Me pidió que la ayudara.

Yo estaba en cama y, mientras dudaba en levantarme para ir a la iglesia, vino el alma de mi padre, ya muerto, y me animó a levantarme para ayudar a la abuela a salir del purgatorio. Me dijo que no debía temer, porque no me pasaría nada; y me recordó el gran amor por el prójimo que ella había tenido en vida, cuando a veces se había levantado por la noche para ayudar a otros. Me mostró los grandes sufrimientos de las almas del purgatorio y me decidió a levantarme para ir a misa de los carmelitas. Cuando regresé a casa, el alma de mi abuela me dio una señal de que había sido ya liberada. Las heridas de mis pies desaparecieron y también el temor de que me pudiese pasar algo por tratar con las almas purgantes⁴.

En mi habitación alisté un altar con una cruz y un cuadro de la Virgen María dolorosa. También coloqué el rostro de Cristo Ecce Homo. Por la noche solía rezar ante este cuadro del Ecce Homo por las almas. El día de la fiesta de santo Tomás, estaba rezando y había puesto una vela encendida en honor de la Virgen. Observando bien el cuadro, noté que la imagen de Cristo había comenzado a llorar. La imagen se había hinchado por el llanto y temí que el vidrio que lo cubría se rompiera. Arrodillada ante el cuadro, miraba atentamente con los ojos y vi cómo el llanto disminuía y cesaba a medida que oraba más. Le pregunté a Jesús por qué lloraba y me reveló que lo hacía por tantos seres humanos a quienes amaba, mientras que ellos lo olvidaban.

Muchas veces fui llevada al purgatorio y tuve que ver ese lugar espantoso. Un día, después de la comunión en la iglesia de los jesuitas, fui llevada (creo que por mi ángel custodio) y vi delante de mí una fosa muy grande, de la que no veía el final. Tuve la impresión de que allí reinaba un tremendo desorden. Era como un pozo muy negro. Permanecí largo rato en aquella fosa. Después me llevaron a otro lugar no tan profundo, en el que había un arroyo del que caía agua hacia abajo. De aquel arroyo caía agua con fuego. Cuando volví en mí, me di cuenta que la fosa profunda era el infierno, el arroyo de agua era el limbo y el purgatorio estaba representado por el agua con fuego. Otro día vi el purgatorio como una prisión ardiente, un lugar de llamas espantosas, que no pueden compararse con todos los fuegos del mundo juntos. Las pobres almas son como centellas de fuego, pero ellas tienen una increíble paciencia.

⁴ María Ana Lindmayr, *Il mio rapporto con le anime del purgatorio*, Ed. Segno, 1999, pp. 32-39.

*He notado que las almas del purgatorio están de acuerdo con la voluntad de Dios. Allí, una hora parece tan larga como si fueran 20 años de sufrimientos en la tierra. Comprendí que esas almas purgantes preferirían estar en ese lugar hasta el fin del mundo antes que presentarse con el alma manchada ante la presencia de Dios*⁵.

Dios me iluminó sobre las almas de los protestantes. Muchos de ellos han conseguido la salvación por ser inocentes y no haber cometido grandes pecados. A ellas las vi en una prisión abriendo la boca hacia mí como hambrientos que se lamentaban de estar olvidadas y no recibían ayuda (los protestantes no creen en el purgatorio y ellos no rezan por las almas del purgatorio, ya que creen que, una vez que uno se muere, va directamente al cielo o al infierno). Ellas me pedían ayuda. Me decían que yo podía y debía ayudarles. Ellas tenían necesidad de la ayuda del sacrificio de la misa y de la comunión. Cristo me dijo: Reza por estas almas.

En 1709 fui llevada por mi ángel custodio a un lugar desconocido donde vi un gran lago lleno de azufre y pez. Se trataba del purgatorio y de una pena particular. En ese lago estaban sumergidas las almas de las personas casadas, que se habían dejado llevar de los placeres de la carne y habían llevado una existencia más bestial que humana.

En el purgatorio vi muchas almas que parecía que debían estar en el cielo hacía mucho tiempo. Mi abuela había estado 17 años. Algunas almas están centenares de años. De eso he comprendido lo grave que es ofender a Dios y que todo lo que no es descontado en este mundo debe ser reparado allá. Ellas me han enseñado cuánto sirve el buen uso de los sacramentos, de la oración, de las indulgencias e, incluso, de los sufrimientos. Así pude comprender que había almas que estaban cien o más años y entender lo grave que es el pecado y el bien infinitamente grande que es Dios. También comprendí que todo el sufrimiento del mundo no es nada con relación a las penas del infierno. Con muchos sufrimientos pueden llegar a ser liberadas las almas que han sido crueles con el prójimo, pues a la crueldad corresponde crueldad (grandes sufrimientos) en el más allá.

A veces, en mi habitación veía un fuego. En ocasiones, cuando escribía, sobre mis manos y sobre la hoja en que escribía caían grandes chispas con las que las almas querían avisarme de estar allí. Otras veces sentía mucho frío y se presentaban las almas temblando de frío. El confesor me decía que debía pronunciar el nombre de Jesús o mostrarles el crucifijo y echarles agua bendita

⁵ Ib. pp. 40-46.

o encender un cirio bendito para discernir, si eran en verdad almas purgantes o almas caídas en el infierno o demonios.

Entendí claramente que las almas debían hacer penitencia según la manera en que habían pecado. Veía venir almas con los ojos hinchados por el llanto que me pedían que hiciera penitencia por ellas. Otras aparecían hambrientas y me pedían ayunar a pan y agua para mejorar su condición, pues habían pecado comiendo y bebiendo demasiado. Otras, que habían sido irascibles e impacientes, me pedían paciencia y mansedumbre. Otras me mostraban un cilicio (instrumento de penitencia). Las almas que habían pecado con la lengua hablando indebidamente, tenían la boca cerrada con clavos y me pedían estar en silencio. Las que habían controlado poco la vista, debían mostrarse con ojos espantosamente grandes. Las personas soberbias se presentaban con una cabeza deformada. Las vanidosas aparecían con el rostro canceroso. La pereza era reconocible por el pésimo aspecto de las manos. Las que en vida habían amado demasiado a los animales, debían presentarse con aquellos animales alrededor del cuello.

A medianoche, el 15 de diciembre de 1690, vino a mí un alma que yo había conocido muy bien. Era violinista, Johann Georg Löderer, músico de la Corte. Le enseñaba música a mi hermano Franz y me daba también lecciones a mí. Le gustaba beber. Yo le llamaba a veces la atención. Murió el 7 de enero de 1688. Se me apareció bajo la forma de un sapo muy gordo. Me desperté y me espanté. Creía que era un demonio. Él se hizo reconocer, moviendo las cuerdas de una lira. Le pregunté por qué se aparecía así y me explicó que en vida se había asemejado a un sapo. Así como el sapo vive en lugares húmedos y fangosos, así a él le había gustado beber y beber; y de ese modo se le había acortado la vida. Por ello tuvo que sufrir tantos años cuantos debía haber vivido sin acortarse la vida.

Otra alma se me apareció con el aspecto que había tenido en vida, pero estaba triste y llorando. Tenía en la mano un vaso de vino y me mostró así cuál había sido su error. Era un hombre joven y debía sufrir 40 años, si no lo ayudaban, pues en tal medida había acortado su vida por su beber desordenado. Como en vida había sido devoto de María y había sido generoso con los pobres, la misma Virgen María me pidió que lo ayudara. Ayuné a pan y agua durante 40 días y le ofrecí oraciones, sacrificios, confesiones, indulgencias y limosnas. Después de 40 días, me fue revelado que había ido al cielo.

El 10 de marzo de 1714 se presentó un alma con los ojos muy afeados, imposible de describirlos, porque había visto imágenes inconvenientes. El 16 de septiembre de 1704 se me apareció la condesa de Stemberg. Debía sufrir por la desnudez con que había vestido en vida, pues iba siempre muy descotada. Me

pareció muy envejecida. El 8 de enero de 1714 vino una hermana seglar de nuestra Orden. Tenía el rostro como destruido por el cáncer. Me fue revelado que en vida había tenido mucho cuidado con su aspecto exterior. Otra alma de nuestra Orden tenía un aspecto terrible, como si aves rapaces le hubieran devorado el rostro. Fue obligada a presentarse así, porque en vida había sido vanidosa de su belleza.

El 13 de septiembre de 1703 vino un alma que en vida había yo conocido muy bien. Se me acercó y con su mano me tocó la frente, de modo que durante tres días me pareció que me hubieran puesto una cuffia pesadísima. Me explicó que en vida había sido muy escéptica y testaruda y solo hacía lo que creía mejor. Así había cometido muchos errores. El 14 de diciembre de 1712, vino el alma de una hermana seglar con un aspecto pésimo. Me hizo entender que sus sufrimientos estaban sobre todo en las manos. Ambas estaban hinchadas, porque le agradaba en vida tener unas manos bellas y, por eso, había trabajado poco, dejando el trabajo a las otras y había sido muy ociosa. El 20 de enero de 1723 se me apareció un alma con los ojos fuera de órbita. Entendí que en vida había sido iracunda y envidiosa con el prójimo, sobre todo con los pobres.

La condesa Ana Josefa Theresa Preising en vida fue muy amiga mía. Después de su muerte el 17 de octubre de 1721, se me presentó y me sentí obligada a orar por ella, que había tenido muchos dolores de parto. Murió por ello y se me presentó feliz, porque en vida había sido muy devota. Su aspecto era como cuando estaba viva. Había cometido el gran error de haber tomado el día por noche y la noche por día. Me pidió ofrecer la comunión por ella, ya que en vida la había descuidado mucho. Además, había perdido mucho tiempo. El 18 de octubre toda mi Comunidad ofreció la comunión por ella. El 24 fue llevada al cielo por el privilegio sabatino del escapulario del Carmen. La vi en una gloria indescriptible y oí un canto maravilloso que decía: Vanidad de vanidades y todo es vanidad⁶.

En febrero de 1709 vi un alma que parecía fuego vivo. En vida había sido cervecera (vendía cerveza). Tenía una hija que educar y la llevó a un convento para evitarle las malas compañías de la taberna. La niña se encariñó con las religiosas y quiso quedarse, pero su madre la sacó y trató de inculcarle otros pensamientos. Después de tres semanas, la madre se enfermó y murió. El 12 de febrero la vi con un aspecto horrible, ardiendo en fuego. La madre me pidió rezar por su hija para que siguiera sus inclinaciones religiosas y poder así disminuir sus penas y ser liberada.

⁶ Ib. pp. 48-62.

El 17 de julio de 1696 murió Juan III Sobieski, el famoso rey de Polonia que en 1683 fue el comandante en jefe de las tropas aliadas que liberaron el asedio de Viena por los turcos musulmanes. En la octava del día de santa Teresa, 15 de octubre, vi su alma con el aspecto de un hombre alto, que no decía nada. El 4 de noviembre, en éxtasis, fui llevada a una sala amplia donde había un féretro. Cuando volví en mí, me sentí obligada a rezar y ofrecer la comunión por él y los difuntos de su familia. Conocí todos sus errores en vida. Del 6 al 11 de noviembre traté de ofrecerle todas mis buenas obras y obtener indulgencias. El 11 de noviembre, fiesta de san Martín de Tours, me fue mostrado un delicioso banquete para hacerme ver la mesa celestial que estaba preparada para recibir su alma. Durante la misa, vi con mis ojos a su alma, ya resplandeciente, que iba al paraíso.

El emperador de Austria José I murió el 17 de abril de 1711. Cuando recibí la noticia de su muerte, Dios infundió en mí un amor especial por su alma y me sentí obligada a orar y ayudarle durante 40 días. En mis oraciones sentía la presencia de su alma. Después de esos 40 días, vi su alma con una gran vestidura negra y en un tono muy cariñoso me llamó: Virgen, María Ana. No lo había reconocido. Me dijo: ¿No me reconoces? Soy José el emperador. Desde ese momento hice todo lo que pude y el 29 de enero de 1712 lo vi con un ojo abierto y el otro cerrado, para indicar que se había preocupado demasiado poco por las cosas de la Iglesia. El 9 de febrero se me presentó con su alma completamente blanca y el 14 de febrero lo vi subir al paraíso muy feliz.

Mi hermana Ana Katarina tenía dos hijos, Félix e Ignaz. Félix murió el 23 de marzo de 1702 e Ignaz lo lloró mucho, a pesar de ser desobediente y colérico. Murió el 14 de junio. Pocos días después, se me aparecieron los dos hermanos muertos. Vi a Ignaz con sus cuatro años en los brazos de su ángel custodio, llevándolo al cielo, después de haber estado un tiempo en el purgatorio. He visto muchos niños de cuatro años en el purgatorio y he aprendido que, cuando estos están para morir, es bueno hacerlos confesar y arrepentirse, absolverles y darles la unción de los enfermos. La misa es el remedio más eficaz y saludable para las almas del purgatorio. El agua bendita les hace mucho bien. Muchas veces Jesús me aconsejaba echar agua bendita a los huesos o restos de los difuntos. Cuando venían a visitarme, les echaba agua bendita y me lo agradecían. Normalmente lo hacía todas las noches antes de dormir. Un día me olvidé, pero las almas no me dejaban en paz y daban vueltas junto a mi cama hasta que me levanté y les eché agua bendita ⁷.

Es interesante anotar que con las almas benditas del purgatorio están siempre a su lado sus ángeles custodios hasta el momento en que van

⁷ Ib. pp. 66-78.

definitivamente al cielo a gozar eternamente de la felicidad celestial. Sin embargo, nunca se separan definitivamente de ellos. Para toda la eternidad sus ángeles serán como amigos inseparables, como si fueran de la propia familia.

SANTA CRESCENCIA HÖSS (1682-1744)

Esta gran mística alemana, recibía con el permiso de Dios a muchas almas del purgatorio que iban a visitarla para manifestarle sus penas y pedirle ayuda. Estas visitas le privaban a veces del sueño con sus llantos y suspiros apenas cerraba los ojos, pero ella hacía sacrificios y oraciones en su favor e incluso se daba disciplinas.

Durante una enfermedad en 1718, la Madre Juana Altweger preguntó a Crescencia cómo pasaba la noche. Ella se limitó a decir que la pasaba sin dormir y, obligada por la obediencia, tuvo que reconocer las visitas de las almas purgantes. La Superiora le dijo un día: *Cuando vengan esta noche esas almas, díles que vengan a verme a mí.* Crescencia obedeció y en la noche la Superiora vio poblarse su celda con fantasmas que le pedían ayuda; y fue tanto su miedo y terror que, para librarse de ellas, las mandó que fueran a Crescencia ⁸.

El padre Ott refiere que el padre Ignacio Wagner, hombre sabio y piadoso, desde octubre de 1713 al otoño de 1715 había intentado examinar el espíritu de Crescencia según el deseo expreso del provincial franciscano. A medida que avanzaba en su examen, quedaba más lleno de admiración por la sierva de Dios. Al poco tiempo, el 19 de octubre de 1716, murió. Ese mismo día Crescencia, al ir al coro, al sonido del Angelus, vio andar delante de sí un fantasma blanco. Acostumbrada a las visitas de las almas del purgatorio solo hizo rezar por esa alma. El día 21 se repitió la misma aparición, pero esta vez ella lo reconoció y él le dijo que necesitaba sus oraciones para ir pronto al cielo. Crescencia oró con intensidad por él y el 23 de octubre después de oír la misa por él, vio su alma llena de gloria darle las gracias y que iba al cielo.

Un día estaba ella en el noviciado, cuando al tiempo de la cena se abrió la puerta del comedor y se cerró con fuerza. Las novicias tuvieron miedo y Crescencia se ofreció a salir a ver qué pasaba. Encontró detrás de la puerta una religiosa que, lamentándose, le dijo: *He vivido en este monasterio y ahora, desde hace nueve años, me encuentro en el purgatorio. Ten piedad de mí.* Después indicó los sufragos que necesitaba y, cuando los cumplió la sierva de Dios, regresó para agradecerle.

⁸ Sumario objecciona del Proceso de canonización de Crescencia Höss, p. 18.

Otros muchos difuntos que ella no conocía venían a pedirle ayuda. Una vez, durante tres días seguidos, oyó suspiros y lamentos en su celda sin que le hablaran. Ella preguntó: *¿Quién sois?* Era el alma de un joven soldado, muerto en Múnaco de Baviera no hacía mucho tiempo. Había asistido a la profesión de su hermana sor María Isabel. Por sus excesos en la bebida, se le había abreviado la vida. Si no recibía ayuda, debía estar en el purgatorio tantos años cuantos se había quitado de vida por sus excesos. Crescencia oró mucho por él y después de un tiempo supo que ya había salido del purgatorio.

El 21 de noviembre de 1718 murió Francisco José, consejero de la Corte y administrador de ciertas posesiones de los príncipes de Kemnat. Esa misma tarde Crescencia oyó un rumor que se repitió la mañana siguiente. Preguntó quién era y le respondió: *Soy el alma de Scholl, reza por mí a vuestro celeste esposo.* Crescencia preguntó el porqué de aquel rumor y le respondió que con el permiso de Dios se lo diría más tarde. El rumor se repetía cada día y el 7 de diciembre le hizo saber que en su última enfermedad quería ajustar las cuentas y trató ásperamente a uno que se lamentaba de haber sido dañado en sus intereses por él. Con papeles en la mano quiso asegurarle que no le había hecho ningún daño, pero había hecho un fraude de cuatro florines. Le rogaba a Crescencia que fuera a informarse al párroco de Kemnat para que su viuda reparase el daño ocasionado. La injusticia fue reparada, pero no cesaban los rumores y lamentos. En la noche de Navidad fueron más fuertes. Crescencia redoblaba sus oraciones. Su ángel le dijo a ella que sería liberado en los primeros días del nuevo año. Finalmente, el 6 de enero de 1719 ella hizo celebrar cuatro misas por esa alma y, entre las diez y las once, al terminar la última misa, el difunto se le apareció radiante de alegría y ella lo vio ser transportado por los ángeles al trono de Dios. El padre Ott añade, al relatar este suceso: *Todo esto lo escribió el párroco de Kemnat y confesor extraordinario del monasterio de Kaufbeuren, a quien se lo comunicó Crescencia*⁹.

MARÍA SIMMA (1915-2004)

María Simma nació en Sonntag (Vorarlberg), Austria, el 5 de febrero de 1915. Fue un alma mística, favorecida de grandes carismas, especialmente el de recibir mensajes de las almas del purgatorio, que se le aparecían y a quienes consagró su vida desde joven. Su obispo estaba de acuerdo con su apostolado en favor de estas almas y lo mismo lo estaba su director espiritual, el P. Alfonso Matt, quien la dirigió en los primeros años de sus experiencias místicas. En 1968 escribió un libro titulado *Meine Erlebnisse mit Armen Seelen* (Mi relación con las pobres almas) traducido a varias lenguas y que tiene ya más de 20 ediciones.

⁹ Jeiler Ignacio, *Vita della beata Madre Maria Crescenzia Höss*, Firenze, 1900, pp. 237-239.

Su director, el P. Alfonso Matt, enviaba los mensajes que ella recibía a los familiares de los difuntos y ellos quedaban asombrados de cosas que nadie podía saber. Por eso, desde el principio, fue apoyada por su párroco.

Por otra parte, el hecho de que los muertos puedan aparecerse a los vivos no debe parecer imposible, porque el mismo Evangelio nos habla de que el Viernes santo *muchos sepulcros se abrieron y muchos cuerpos de santos que dormían, resucitaron y saliendo de sus sepulcros, después de la resurrección de Él, vinieron a la ciudad y se aparecieron a muchos* (Mt 27, 52-53).

*Las almas del purgatorio se le aparecen de diversas formas y en diversas maneras. Algunas tocan la puerta, otras aparecen de improviso. Unas se muestran con apariencia humana, como eran cuando vivían su vida mortal, normalmente vestidas como en días de trabajo, no de fiesta. Otras se aparecen bajo formas de animales que dan miedo o en formas difusas. A veces, están envueltas entre llamas, dando un aspecto terrible. Cuanto más purificadas están, más luminosas y afables se presentan. Con frecuencia, cuentan cómo han pecado y cómo se han librado del infierno gracias a la misericordia de Dios. Durante la Cuaresma, se presentan día y noche para pedirle que sufra y ore por ellas. Las que son extranjeras hablan en alemán con acento extranjero. Las almas le dicen que ella es de los **nuestros**. Cuando ella preguntó qué significaba ser de los “nuestros”, le dijeron que con su voto de ánimas se había entregado a la Madre de la misericordia en favor de ellas. **Ella te ha dado a nosotras**, le dijeron.*

Aquellas almas, que yo he conocido bien en vida, las reconozco de inmediato. Otras son desconocidas, a no ser que me digan quiénes son. Si eran personas inválidas o con graves deficiencias físicas o mentales, aparecen sanos. Los que estaban en silla de ruedas, caminan perfectamente, los mudos hablan, los sordos oyen, los ciegos ven. En el más allá quedan atrás todas las deficiencias humanas. Ellas saben de nosotros más de lo que suponemos. Ellas saben, por ejemplo, quiénes han asistido a su velorio y sepultura, quiénes han ido solamente por hacer acto de presencia y quiénes han ido a rezar por amor. Ellas saben también lo que se dice sobre ellas en el velorio, porque están mucho más vecinas a nosotros de lo que suponemos y se dan cuenta de quiénes asisten a las misas ofrecidas por ellas. Ellas están presentes a sus funerales y a las misas ofrecidas por ellas. No les gustan los pomposos funerales, prefieren que sean sencillos, pero fervorosos. No quieren que su cuerpo sea cremado; porque, al no tener lugar de referencia, se pueden olvidar más fácilmente de ellas. La cremación está permitida por la Iglesia, con tal que no se niegue la resurrección, pero ellas quieren todo lo que lleve a su familia a rezar y, el no tener una tumba que visitar, les hace olvidarse de ellas.

También quieren que se respete su cuerpo y que se evite cualquier profanación. Les gusta que en la tumba echen agua bendita y tengan un cirio bendito. Las visitas de amor al cementerio les agradan y ayudan más de lo que imaginamos. Incluso, les ayuda el simple hecho de limpiar su tumba, por el amor que ponemos en ello. Personalmente, cuando voy al cementerio, que está junto a mi casa, enciendo una vela por las almas y les echo agua bendita, y ellas me lo agradecen. Un día vino a verme una niña de unos seis años y me dijo que había apagado una vela en el cementerio para coger la cera y jugar. Por eso, se encontraba en el purgatorio, aunque por poco tiempo. Me pidió que encendiera por ella dos velas benditas.

Otro día vino un niño de 11 años, de Kaiser, para pedirme que rezara por él. Me dijo que estaba en el purgatorio, porque el día de los difuntos había apagado, por divertirse, varias velas, que estaban encendidas en el cementerio en favor de los difuntos.

*Una vez, vino a verme una señora y me dijo: **La Sra. X era como mi hermana. Ella era débil desde el punto de vista moral, pero sufrió mucho, porque este defecto era debido en gran parte a taras hereditarias. Murió como consecuencia de una práctica abortiva, pero murió con sentimientos de arrepentimiento hasta el punto que el sacerdote que la asistió en los últimos momentos pudo decir: Quisiera que todos murieran con los sentimientos de arrepentimiento de esta mujer.** Ella murió con los últimos sacramentos y fue enterrada religiosamente.*

*El Sr X era el primero y el último en salir de la Iglesia, pero siempre estaba criticando a todo el mundo. Lo que más me indignó fue que, durante el sepelio de la Sra. X, él la estaba criticando y diciendo a algunas personas que la Sra. X no debía ser enterrada en un cementerio católico. Entonces, le dije: **Ahora está claro para mí que el Señor no quiere que juzguemos a los demás.** El Sr. X criticaba a la Sra. X, aún en el cementerio, pero el Señor tuvo compasión de ella. No podemos juzgar a los demás, dejemos el juicio a Dios. Ahora el Sr. X está en lo profundo del purgatorio.*

*En una ocasión, vino un alma y me dijo: **Cometí un crimen contra Dios. Un día, por soberbia, tomé una cruz y la destrocé, pensando que, si Dios existía no me lo permitiría hacer. Casi al instante, me vino una parálisis que fue mi salvación.** Después me pidió decirle a su mujer que hiciera algunas cosas para ayudarlo y liberarlo del purgatorio. Ella se había salido de la Iglesia católica y se había hecho protestante. Cuando le conté el mensaje de su esposo, me dijo: **Creo en lo que me dice, porque el hecho de que destruyó la cruz, solamente lo sabíamos él y yo.** Y entró de nuevo en la Iglesia católica.*

Un médico vino un día, lamentándose de que debía sufrir mucho por haber acertado la vida de sus pacientes con inyecciones, para que no sufrieran más (eutanasia). Y nadie tiene derecho a quitar la vida, porque mientras están vivos, aunque estén en coma, pueden recibir las bendiciones de Dios a través de nuestras oraciones y buenas obras.

Una mujer me dijo: *He debido estar 30 años de purgatorio por no haber dejado ir al convento a mi hija.* Por eso, debemos pensar en la grave responsabilidad de los padres que no consienten la vocación sacerdotal o religiosa de sus hijos. Nadie tiene derecho a rectificar los planes que Dios ha trazado para cada uno desde toda la eternidad ¹⁰.

Veamos un caso ocurrido en Montefalco, Italia, del 2 de septiembre de 1918 al 9 de noviembre de 1919. Estas manifestaciones de un alma del purgatorio están confirmadas por algunas religiosas del convento y fueron confirmadas por Mons. Pietro Pacifici, obispo de Spoleto, en 1921. Las 28 manifestaciones tuvieron lugar en el convento de las hnas. Clarisas del convento de San Leonardo de Montefalco. En ningún momento pudieron ver al alma purgante, pero se hacía presente al torno para hablar brevemente y dejar una limosna, casi siempre de diez liras. Tocaba la campanita de la entrada para que bajara la abadesa, incluso cuando estaban cerradas todas las puertas de entrada al convento y a la iglesia.

Solía decir: ***Dejo aquí diez liras para oraciones.*** Cuando le decían de parte de quién, respondía: ***No me es permitido decirlo.*** El 3 de octubre de 1919 dijo claramente a la Superiora: ***Soy un alma purgante. Son cuarenta años que me encuentro en el purgatorio por haber disipado bienes eclesiásticos.*** En otra oportunidad, dijo que era sacerdote. En total, dejó 300 liras y le fueron celebradas 38 misas. El 9 de noviembre, al bajar la abadesa al sonido de la campana, le dijo: ***Alabado sea Jesús y María. Le agradezco a Ud. y a la Comunidad, lo que han orado por mí, ya estoy libre de toda pena.*** Y, a petición de la abadesa, le dio la bendición sacerdotal en latín.

El lugar donde sucedieron estas manifestaciones, ha sido transformado en capilla, dedicada a orar por las almas del purgatorio y, especialmente, por los sacerdotes difuntos. Fue bendecida el 26 de febrero de 1924 y allí se ha erigido una confraternidad a favor de las almas del purgatorio.

¹⁰ Simma María, *Le anime del purgatorio mi hanno detto*, Ed. Villadiseriane, 1995.

VENERABLE MARÍA DE JESÚS ÁGREDA (1602-1665)

Fue varias veces al purgatorio a visitar a las almas. En una ocasión oyó que le decían: *María de Jesús, acuérdate de mí* y conoció a una mujer de la villa de Agreda, que se llamaba María Lapiedra y que había muerto en Murcia.

Cuando murió la reina Isabel de Borbón, el 6 de octubre de 1644, se le apareció varias veces para pedirle oraciones. Dice en sus escritos: *El día de las ánimas, dos de noviembre de este año de mil seiscientos y cuarenta y cinco, estando en los maitines y oficio que hace la Iglesia por los difuntos, se me manifestó el purgatorio con grande multitud de almas, que estaban padeciendo y me pedían las socorriese. Conocí muchas, incluida la de la reina y otra de una persona que yo había tratado y conocido antes. Yo me admiré de que el alma de la reina, después de tantos sufragios y misas como se habían ofrecido por ella, estaba todavía en el purgatorio, aunque sólo había pasado un año y veintiséis días de su muerte... Llegada la noche vi algunos ángeles en la celda con grande hermosura y me dijeron que iban al purgatorio a sacar el alma de la reina por quien yo había pedido... Y los ángeles la llevaron al eterno descanso, que gozará mientras Dios fuere Dios*¹¹.

BEATA SOR ANA DE LOS ÁNGELES MONTEAGUDO (1602-1686)

Un día se le presentó el alma de una religiosa de este monasterio. Esta religiosa había llevado una vida mundana con muchos perfumes y pomadas en el rostro y en las manos; y con hábitos perfumados, perdiendo mucho tiempo en adornos. Después de muerta, se le apareció a la sierva de Dios. La tenían agarrada cuatro personas monstruosas que la atormentaban. Sor Ana pensaba que estaba condenada y le preguntó por qué estaba con sufrimientos tan terribles. Le respondió que había puesto mucho interés en adornarse y embellecerse sin haber guardado las normas de su estado; y que estaba en un lugar especial para que no pudiese disfrutar de los sufragios generales que se hacen en la Iglesia por las almas del purgatorio. Pero había tenido permiso de Dios para venir a pedirle ayuda. La sierva de Dios le contó a esta testigo, Sor Juana de santo Domingo, que esta visión duró una hora y que, inmediatamente, comenzó a ayudarla con sus oraciones y la intercesión de su patrono san Nicolás. Y después de muchas oraciones y sufragios, obtuvo que Dios tuviera misericordia y la sacase de aquellas penas y la llevase al cielo¹².

¹¹ María de Jesús Ágrede, *Mística ciudad de Dios*, tomo V, Madrid, 1985.

¹² *Positio super virtutibus*, p. 228.

El padre jesuita Fernando Colmenero declara que sor Ana le refirió que una mañana del día de la Resurrección del Señor, vio salir del purgatorio muchas almas de todos los estados y Órdenes que iban al cielo. Y habiéndole preguntado si había visto entre ellos algún religioso de la Compañía de Jesús, le dijo que sí. Dijo que había visto en el purgatorio a un sacerdote que murió en esta ciudad, llamado Isidoro Flores, a quien este testigo había confesado en su última enfermedad.

Por otra parte, el padre Diego de Vargas le contó al padre Colmenero que en una ocasión vio la sierva de Dios un alma del purgatorio que le preguntó si la conocía. La venerable le dijo que no. El alma añadió: *¿No te acuerdas de un herrero que vivía frente a tu casa?* Con este detalle, recordó haberlo conocido en su infancia. Y, echando cuentas de cuándo murió, había sufrido por 50 años¹³.

El padre Marcos de Molina le dijo al mismo padre Colmenero que la sierva de Dios le había hablado de la muerte de Monseñor Antonio Morales, que se ahogó en el mar, haciendo un viaje a su obispado de Concepción en Chile. Dijo que se había ahogado y dio como detalle que llevaba un cilicio bajo la ropa.

SANTA MARGARITA MARÍA DE ALACOQUE (1647-1690)

En una ocasión, estando en presencia del Santísimo Sacramento el día de su fiesta, se presentó delante de mí una persona hecha toda fuego, cuyos ardores me penetraron tanto que me parecía abrasarme con ella. El deplorable estado en que se hallaba en el purgatorio, me hizo derramar abundantes lágrimas. Me dijo que era el religioso benedictino que me había confesado una vez y me había mandado recibir la sagrada comunión, en premio de lo cual Dios le había permitido dirigirse a mí para que le alcanzase algún alivio en sus penas. Me pidió que ofreciese por él todo lo que pudiera hacer y sufrir durante tres meses. Habiéndoselo prometido, después de haber obtenido para esto el permiso de mi Superiora, me dijo que la causa de sus grandes sufrimientos era ante todo que había preferido el interés propio a la gloria Dios, por demasiado apego a su reputación; lo segundo por la falta de caridad con sus hermanos, y lo tercero por el exceso de afecto natural que había tenido a las criaturas, y las desmedidas pruebas que de él les había dado en las conversaciones espirituales, lo que desagradaba mucho a Dios.

Muy difícil sería poder explicar cuánto tuve que sufrir en estos tres meses, porque no me abandonaba ni un momento y el lado donde él se ponía me parecía tenerlo todo abrasado, y con tan vivos dolores que gemía y lloraba casi

¹³ Ib. p. 417.

continuamente. Moviada a compasión, mi Superiora me ordenó que hiciera grandes penitencias.

Al cabo de tres meses lo vi de muy diferente manera; colmado de gozo y de gloria, iba a gozar de su eterna dicha, y dándome las gracias me dijo que me protegería en la presencia de Dios¹⁴.

Recibí una gran alegría en la mañana del domingo del Buen Pastor (2 de mayo de 1683), dos de mis buenas amigas pacientes han venido a decirme adiós en el momento de despertarme, y que era éste el día en que el soberano Pastor las recibía en su redil eterno, con más de un millón de otras almas, en cuya compañía marchaban con cánticos de alegría inexplicables. Una es la buena Madre de Monthoux, la otra mi Hermana Juana Catalina Gascón, que me repetía sin cesar estas palabras:

*El amor triunfa, el amor goza.
El amor de Dios se regocija.*

La otra decía: “¡Bienaventurados son los muertos que mueren el Señor, y las religiosas que viven y mueren en la exacta observancia de su regla!”. Quieren que yo le diga de su parte que la muerte puede separar a los amigos, pero no desunirlos.

¡Si supiera cuán trasportada está mi alma de alegría! Cuando les hablaba me parecía que las veía poco a poco abismadas y como sumergidas en la gloria. Me piden que rece, en acción de gracias a la Santísima Trinidad, un “Te Deum”, un “Laudate”, y cinco “Gloria Patri”. Yo les rogué que se acordasen de nosotras y me han dicho por últimas palabras que la ingratitud jamás ha entrado en el cielo¹⁵.

Nuestra Madre me permitió en favor de las almas del purgatorio pasar la noche del Jueves Santo (15 de abril de 1683) delante del Santísimo Sacramento y en donde una parte del tiempo estuve rodeada de estas pobres almas con las que he contraído una estrecha amistad. Nuestro Señor me dijo que Él me ponía a disposición de ellas durante este año para que les hiciera todo el bien que pudiese. Están frecuentemente conmigo y las llamo mis “amigas pacientes”. Hay una que me hace sufrir mucho y no la puedo aliviar todo lo que desearía. No puedo decirle su nombre, pero sí pedirle socorro para ella, que no será desagradecida¹⁶.

¹⁴ Autobiografía, pp. 94-95.

¹⁵ Carta a la Madre Saumaise del 2 de mayo de 1683.

¹⁶ Carta a la Madre Saumaise de abril de 1683.

BEATA INÉS DE BENIGÁNIM (1625-1696)

Dios constituyó a la beata Inés como madre de las almas del purgatorio y, por eso, le pedía al Señor que muchas de ellas fueran a pasar el purgatorio a su celda. En alguna ocasión dijo tener más de doscientas. Por ellas hacía muchos cargamientos, es decir, padecía muchos sufrimientos en su lugar para librarlas cuanto antes de los tormentos del purgatorio. Veamos algunos de los casos que se cuentan en los testimonios del Proceso.

Un día se le apareció Jesús y le dijo: *Inés, está decretado en la mente de mi Padre, del Espíritu Santo y mía, que has de ser madre de las almas del purgatorio*¹⁷. Ella misma las llamaba sus hijitas.

*Algunas veces el Señor le concedía la gracia de ir personalmente al purgatorio. Allí sentía los dolores y penas que sufrían las benditas almas y el Señor le concedía que con ella llegase un rayo de luz y pudiera sacar el alma sobre la cual se proyectaba el rayo luminoso. Y así sacaba muchas almas para el cielo*¹⁸.

Refiere sor Francisca que un día estaban ambas, ella y la venerable Madre, hablando con el confesor, cuando de repente la sierva de Dios, volviéndose al confesor, le dijo: “Padre, en el límite llamado Barqueta han dado muerte estos días a un pobre pastor, el cual pocos días antes había prometido dar a esta Comunidad una cantidad de leche; el Señor quiere que su alma pase el purgatorio en nuestra celda y que roguemos por ella”. Hecha averiguación sobre el caso trágico, resultó ser cierto y que había acontecido tal y como lo refería la Madre Inés.

La misma Madre Francisca relataba el siguiente caso: “La sierva de Dios asistió en la hora de la muerte a la condesa de Paredes. Rogó a Nuestro Señor que enviara aquella alma a su celda a tener allí el purgatorio. Conseguido esto, la sierva de Dios se ejercitó en muchas y graves penitencias a fin de darle sufragios, y a la misma Madre Francisca le suplicó que se le asociara en este santo empeño. Fue en la víspera de san Agustín, cuando, al cantar el Te Deum del Oficio divino, vio la sierva de Dios que aquella alma subía al cielo, no sin antes haber dado gracias a la venerable Madre por todo lo que le había

¹⁷ Benavent Felipe, *Vida, virtudes y milagros de la beata sor Josefa de Santa Inés*, Valencia, 1913, p. 286.

¹⁸ Benavent Felipe, o.c., p. 288.

socorrido y diciéndole que, si en vida hubiera sabido lo que era esta Comunidad, hubiera venido a visitarla de rodillas¹⁹.

Sor Inés buscaba ocasiones de ejercer actos humildes con el fin de sacar algún alma de sus terribles penas. Así pues, como afirma una religiosa, andaba buscando los vasos más inmundos de la Comunidad para hacer la limpieza y aseo; se marchaba a la cocina y poníase a fregar las vasijas, cazuelas, platos, pucheros y se daba prisa en limpiarlos; y cuando esto hacía, se convenía con el Señor acerca del número de almas que habían de salir del purgatorio por cada una de las piezas que lavase o limpiara, diciendo en voz alta y en aquel su lenguaje valenciano: “¡Vida mía! ¿Cuántas almas queréis librar por este barreño? ¿Y por esta cazuela? ¿Y por estos platos?”. Y, efectivamente, la sierva de Dios alcanzaba con este trabajo y modo de suplicar, tan confiado y cándido, que el Señor mandase libres del purgatorio a algunas almas, como muchas veces la venerable Madre lo manifestó a la que esto refiere”²⁰.

Las almas de sus hermanas religiosas eran sus favoritas en la distribución de socorros y alivios, y atendía a consolarlas con el mayor amor y con todos los medios puestos a su alcance. La venerable Madre, desde el momento en que una religiosa expiraba, hasta que por concesión especial divina no la veía subir al cielo, no cesaba jamás de hacer penitencias y de pedir, tanto a la declarante como a las religiosas, que hicieran ejercicios y obras espirituales, diciéndoles: “Nuestra hermana está sufriendo; ayudémosle todo cuanto podamos”. En muchas de estas ocasiones, la venerable Madre manifestaba a las demás la clase de purgatorio que la religiosa difunta padecía y los defectos por los cuales padecía; y era ya cosa acostumbrada y como regla ordinaria el que fuesen a pasar el tiempo de purificación en su celda, o también en el mismo lugar del convento donde habían cometido las faltas e imperfecciones. Así que la sierva de Dios no cesaba de exhortar a todas las religiosas a que procurasen la mayor perfección en todo, asegurándoles al mismo tiempo que el más leve pecado o imperfección se debía pagar o en esta vida o en la otra. Todo esto lo observaba la que aquí habla siempre que moría alguna religiosa del convento²¹.

Sor Catalina de San Agustín dice: Lo que hacía que se le creyera era que daba señales individuales y puntualísimas no sólo de las personas, sino también de los lugares lejanos, donde acaecían los casos referidos por la misma sierva de Dios, los cuales fueron comprobados y se halló ser ciertos y de conformidad exactísima con el relato dado por la venerable Madre. Como sucedió una vez con cierto Juan Grau, natural de la villa de Cullera, que vino a consolarse con

¹⁹ Pedro de la Dedicación, *Vida, virtudes y carismas de la beata Josefa María de santa Inés*, Valencia, 1974, p. 225.

²⁰ *Ib.*, p. 218.

²¹ *Ib.*, p. 219.

*la sierva de Dios, porque estaba espantado de ciertos ruidos que se sentían en su casa después del fallecimiento de su hermana. La venerable Madre Inés le dijo que aquellos ruidos los hacía el alma de una hermana suya. Le dio señales individuales de la persona de su hermana, tales que correspondían con toda exactitud a la verdad, según lo confesó el mismo Grau. Le ordenó que mandase celebrar cierto número de misas, con lo que cesaron los ruidos. Esto se cumplió exactamente; se dijeron las misas, cesaron las molestias y el dicho Grau tornó a Benigánim a dar las gracias a la venerable Madre. La declarante presenció todo*²².

*Era la vigilia de san Carlos Borromeo y la sierva de Dios se ejercitaba en oraciones y mortificaciones por las benditas almas del purgatorio. De pronto fue elevada en éxtasis, en el cual el Señor le mostró un alma, que padecía terribles penas en el lugar de purificación y pedía sufragios. Inmediatamente sor Inés hizo uno de sus cargamientos para aliviar a aquella alma, la cual desde aquel mismo instante fue enviada por el Señor a su celda, a fin de que allí pagase su deuda y se purificara. Habiendo la sierva de Dios preguntado al ángel custodio de aquella alma ¿de quién era?, el santo ángel le respondió que era el alma de un hombre de Alicante, llamado Carlos Borromeo, el cual había conseguido que fuese a purgar a la celda de la sierva de Dios*²³.

*El padre José Ramírez refirió a la que esto declara que, cuando se le murió su padre, recurrió a la venerable Madre Inés a fin de que rogase por el alma del difunto. Habiéndolo hecho así la venerable Madre, logró de su divina Majestad que le fuese enviada a su celda dicha alma para que allí pasara el purgatorio. Viniendo después a esta villa el padre Ramírez y diciendo la misa en la iglesia del convento nuestro, tan pronto como terminó la misa, lo llamó la venerable Madre y le dijo en su valenciano: “Apenas has consumido el Santísimo Sacramento, he visto el alma de tu padre que, acompañada de san Antonio de Padua, subía al cielo. El padre quedó muy admirado y consolado, porque sabía certísimamente que su padre era muy devoto de san Antonio de Padua”*²⁴.

El padre Jaime Albert declaró: Habiendo muerto la madre del que esto refiere, llamada Vicenta Vidal de Albert, el día 9 del mes de septiembre del año 1690, fue ordenado él de sacerdote al mismo tiempo, y celebró su primera misa quince días más tarde de acaecida dicha muerte, y unos meses más tarde se trasladó a Benigánim. Viéndose con la venerable Madre, preguntó a ésta si había orado por su madre difunta. A lo cual ella respondió: “Cuando vuestra

²² Ib. p. 226.

²³ Ib. p. 227.

²⁴ Ib. p. 227-228.

reverencia, después de consagrar la sagrada hostia, la elevaba, entonces mismo subía al cielo el alma de su madre, acompañada de santa Úrsula y las once mil vírgenes”. El declarante quedó consolado y confiado en que así sería: primero, por la experiencia que tenía de la gran virtud de la sierva de Dios y de su gran devoción por las almas del purgatorio; en segundo lugar, porque había aplicado aquella su primera misa por el alma de su madre, la cual en vida fue devotísima de santa Úrsula y solía hacer algunas limosnas a un convento de santa Úrsula, que existe en la ciudad de Valencia con la misma Regla y Constituciones que observa el convento de Benigánim.

En el día del glorioso patriarca, san José, 19 de marzo de 1680, murió en la ciudad de Valencia el padre del que esto refiere, Don Jaime Albert, y sucedió que Josefa Soriano, criada de la madre del declarante, tuvo varias apariciones del alma de mi padre, por lo que sufrió mucho, hasta cumplir el encargo que le daba el alma aparecida, que era que nos dijese a la familia que para salir del purgatorio debían aplicársele nueve misas. Las nueve misas le fueron aplicadas, y aun cuando Josefa Soriano nos aseguraba que, por las señales que había observado, el alma de mi padre había pasado ya al cielo, quedaba todavía cierto temor no hubiese en esto alguna ilusión, máxime que Josefa Soriano no había conocido en vida a mi padre. Consulté con la venerable Madre Inés el caso, y ésta me aseguró ser cierto que, después de las nueve misas, había pasado al cielo, y me dio de mi padre notas y señales tan particulares, a pesar de que la Madre no lo había conocido, que me dejó maravillado y asegurado del caso.

En el año de 1688, bajando cierto día la Madre Inés del palomar del convento, llevaba en la mano cogido por el ala un pichón muerto, y lo iba a tirar al montón de la basura. Encontróse por la escalera con la Madre Mariana de la Asunción, con la Madre María de Santa Rosa y con la hermana Ana María de San Roque. Le preguntaron estas Madres: “Madre Inés, ¿qué?, ¿se ha helado ese pichón?”. “Madres, casi todos se hielan”, respondió ella. Tan pronto dijo esto se transportó y quedó suspensa en éxtasis y, mirando al cielo, dijo en valenciano: “Señor, tengo duda de si esta alma está en estado de salvación; si está, resucitadme este animalito como señal”.

Y vuelta en sí inmediatamente, se llevó el pichón a la boca, soplo sobre él y de repente comenzó a piar el pichoncito; de modo que la venerable Madre en presencia de las tres religiosas subió al palomar el pichón y, cuando llenas de asombro, las religiosas le preguntaron ¿qué duda era aquella sobre la cual había hablado a Nuestro Señor?, dijoles la sierva de Dios, que varias veces se le había aparecido el alma de una persona devota de la Comunidad, pero en figura tan horrible y padeciendo tales tormentos, que, aunque aquella alma le pedía sufragios, con todo no llegaba a persuadirse de que estuviese en el purgatorio, duda que la traía muy afligida, y por eso ahora, ofreciéndosele la ocasión, había

deseado saber la verdad con el testimonio de la resurrección del pichoncito, y así, efectivamente, había conocido claramente que aquella alma estaba en el purgatorio y que en el momento de volver el pichón a la vida, otra vez se le había aparecido la misma alma, pidiéndole que le aplicara sufragios, porque sufría gravísimas penas en el purgatorio. Desde aquel mismo instante, la sierva de Dios comenzó ásperas penitencias y penosos ejercicios por aquella alma, pidiendo asimismo sufragios a las religiosas. Aquel mismo día oyó la testigo referir el caso a las tres religiosas presentes; y vio el pichón vivo, al que llamaba después **el resucitado** ²⁵.

Quedóse por poco tiempo suspensa, pensando lo que podría ser aquello; pero advirtiéndole que era de su obligación hacer lo que la obediencia le tenía ordenado, dijo: “Lo que me toca hacer, es limpiar y barrer esta pieza; lo demás el Señor dispondrá lo que sea más de su agrado”. Continuó su tarea; y volvió a ver a su lado al mismo padre Jesuita como la primera vez; pero rodeado de llamas de fuego. Recurrió a Dios diciendo: “Mi esposo y Señor, ¿qué me queréis dar a entender con esta visión? Respondióle: “Toma a tu cargo esta alma, que es de un hijo de san Ignacio, y tiempo ha que padece en el purgatorio. Haz por ella un cargamiento”. Prometió obedecer lo que el Señor la mandaba; y desapareciendo la visión, acabó de barrer y limpiar la azotea. No se descuidó de cumplir lo ofrecido. Favorecía a la dicha alma aplicando para su sufragio además de las penas con que el Señor la mortificaba, ayunos a pan y agua, sangrientas disciplinas, oraciones y otras obras de penitencia y devoción, continuando estos ejercicios hasta el martes, infraoctava del Corpus, 6 de Junio del mismo año. En este día, estando en presencia del Señor sacramentado, que estaba expuesto, haciendo fervorosas oraciones por las benditas almas, y muy en particular por la del padre jesuita, le manifestó su divina Majestad, que salieron muchas almas del purgatorio, entre las cuales salió también la del dicho padre jesuita, y todas, acompañadas de sus ángeles custodios, subieron al cielo ²⁶.

Una mañana, estando en oración en el coro, se le aparecieron los tres ángeles de la guarda de tres almas del purgatorio, que llevaban ya 50 años detenidas en aquellos tormentos. Hizo por ellas uno de sus acostumbrados cargamientos y vio que san José, san Agustín, santo Tomás de Villanueva, santa Teresa de Jesús y los dichos tres ángeles, bajaron al purgatorio, sacaron aquellas tres almas y las llevaron al coro, donde estaba la sierva de Dios. Llegada la hora de la comunión, le dijo a la Priora que pidiese a las religiosas la comunión por ciertas almas del purgatorio a intención suya. Se lo concedieron, y perseveraron en el mismo lugar las tres almas con el

²⁵ Pedro de la Dedicación, *Vida, virtudes y carismas de la beata Josefa María de santa Inés*, Valencia, 1974, pp. 228-229.

²⁶ Benavent Felipe, o.c., p. 282.

*acompañamiento de los santos y ángeles; y fue tanto y tan continuo el suave olor y fragancia que en ese día se sintió en el convento que todas las religiosas estaban maravilladas. Al llegar la oración de las cinco de la tarde, vio que las tres almas hicieron una profunda reverencia a todas las religiosas en señal de agradecimiento, como para despedirse, y subieron al descanso eterno*²⁷.

*En el año 1686 dijo la venerable Madre en presencia de la declarante y de varias religiosas, cómo la hermana Emerenciana de San Roque, que se dirigía a la casa del vicario de esta villa, Don Vicente Benavent, para asistirle en su muerte; lo que causó grande admiración en las presentes, porque se sabía que el dicho señor vicario padecía una indisposición muy ligera; pero a las pocas horas nos llegó la noticia de que dicho vicario había muerto repentinamente. Este vicario había sido confesor de la dicha hermana sor Emerenciana. Aquella misma noche, estando la declarante con la Madre Bernarda María de los Reyes, sintieron ambas tan grandes y continuos ruidos, que en toda la noche no pudieron pegar los ojos. A la mañana siguiente, al verse con la venerable Madre Inés, ésta, antes de que las otras le hablasen, les dijo que aquel ruido que habían oído y les había quitado el reposo, provenía del alma del vicario; pero que ningún temor tuvieran ya, porque no oirían más ruidos, puesto que aquella alma ya había ido a su celda*²⁸.

El 12 de diciembre de 1671 estaba sor Inés tan fatigada que la Priora la mandó a descansar a su celda. *Al llegar, vio que por las rendijas de su puerta salía luz. Abrió y halló un alma dentro, toda circundada de fuego. Se arrobó la sierva de Dios y el Señor le dio a conocer que era una señora conocida suya que había muerto en cierta ciudad y, por las muchas galas que había usado en la vida, padecía grandes penas en el purgatorio. Le suplicó sor Inés que la dejara en su celda para que allí purgara y, habiéndoselo concedido, procuró aplicarle muchas comuniones, penitencias, oraciones y otros sufragios por los cuales el Señor, usando de su infinita misericordia, el 17 del mismo mes se la llevó al cielo*²⁹.

Cierto año, el día de “Todos los Santos”, después de cenar, se retiró sor Inés a su celda y luego se le apareció gran multitud de almas que, con lamentables instancias pedían refrigerio. Les dijo que la siguiesen y con ellas se fue al coro de la campana, donde había algunas religiosas, a quienes dijo: “Hermanas, por amor de Dios, hemos de rogar muy de veras por las benditas almas y en particular por las de mi intención, que con esto daremos gusto al Señor”. Todas se ofrecieron muy contentas. Después llegaron más hermanas al

²⁷ Tosca Tomás Vicente, *Vida, virtudes y milagros de la venerable Madre Josepha María de Santa Inés de Benigánim*, Valencia, 1715, pp. 184-185.

²⁸ Pedro de la Dedicación, o.c., p. 230.

²⁹ Benavent Felipe, o.c., p. 275.

coro y les dijo: “Hermanas, ya que somos tantas, quédense dos para tocar la campana y las demás iremos a hacer el Viacrucis por las benditas almas. Lo hicieron así y se le apareció Nuestro Señor Jesucristo, vestido de una túnica morada, con una pesada cruz, a quien seguían todas aquellas almas que se habían aparecido. Después iban las religiosas, y le manifestó el Señor que a cada paso del Viacrucis, subían a la gloria algunas de aquellas almas con tal orden y disposición que, así que acabaron de hacer todas las estaciones, acabaron de subir todas aquellas almas a gozar de la bienaventuranza ³⁰.

A veces, algunas almas se ponían sobre la cama de sor Francisca y le tocaban la cara; y ella tenía mucho miedo. La Madre Inés le decía: *No tenga miedo, que no le harán nada*”. Pero volviéndose a las almas, les decía: *“Hijitas, venid a mí, dejad a sor Francisca que duerma”* ³¹.

Un año, el día de san José, *habiendo preguntado la venerable cuántas almas habían subido a la gloria, le respondió el santo que eran novecientas. El día de san Pedro y san Pablo le dijo el arcángel san Miguel que habían subido más de tres mil. El día de la gloriosa virgen mártir santa Inés, le dijo la santa que habían salido del purgatorio veinte y cuatro mil. El día de Nuestra Señora de los ángeles, en que se gana el jubileo de la porciúncula, le dijo la Virgen Santísima que habían subido al cielo treinta y tres mil almas. El lunes infraoctava del Corpus, le dijo el Señor que habían salido del purgatorio para la bienaventuranza eterna cincuenta mil almas* ³².

El padre Pascual Tudela en la Oración fúnebre manifestó con las mismas palabras de sor Inés: *El día de la infraoctava del Corpus a la hora de la comunión, me puse en la presencia de mi Dios y Señor y rogué por las benditas almas del purgatorio. El Señor, de edad de 33 años, hizo la señal de la cruz y al instante se abrió un gran camino desde el purgatorio hasta el sagrario del altar mayor de nuestro convento. En esto se acabó la misa y me tuve que ir a mis obediencias (trabajos)... Me puse en cruz y le pedí encarecidamente por las almas del purgatorio. Con esto me dormí (tuvo un éxtasis) y bajando al purgatorio vi que del dicho altar mayor salían unos hermosos rayos que iban a parar sobre aquellas dichosas almas, que su divina Majestad gustaba que yo sacase. Fueron en tanto número las que saqué que me obligó a decirle: “Señor, ¿cuántas almas serán las que he sacado?”. Me respondió que cincuenta mil. Me hallé confusa, porque no sabía qué era mil, y le dije: “Señor, ¿cuánto es cada mil?”. Y nunca me respondió. No hacía sino reírse y, riendo, me lo dejé. Volví en mí y le di las gracias* ³³.

³⁰ Benavent Felipe, o.c., p. 279.

³¹ Pedro de la Dedicación, o.c., p. 224.

³² Benavent Felipe, o.c., pp. 289-290.

³³ Pascual Tudela, *Oración fúnebre*, p. 18.

SIERVA DE DIOS EDUVIGIS CARBONI (1880-1952)

Algunas almas van al infierno. Vitalia declaró en el Proceso de canonización, Positio super virtutibus, de Eduvigis: *Un joven que habitaba en su edificio y que nunca había querido escuchar sus consejos de arrepentimiento, pues era no creyente, murió de improviso por una descarga eléctrica en su trabajo. Tuvieron tiempo de llevarlo al hospital, pero rechazó al sacerdote que fue a darle los sacramentos. Un día, lo encontró Eduvigis envuelto en llamas (condenado) bajo los pórticos de la Estación. Él la maldecía... y le reprochaba de no haber puesto su nombre en el Cuadrante de la misericordia. Jesús mismo le aseguró a Eduvigis de haber tenido con él un gesto de misericordia, mandándole un sacerdote, pero lo había rechazado*³⁴.

Otro caso. *Un hombre llevaba una vida honesta. Era bueno, pero no se acercaba a los sacramentos. El Señor en su misericordia infinita advirtió a Eduvigis: “Escribe a N.N. y dile que aconseje a N.N. que cambie de vida, pues de otro modo el castigo vendrá sobre él”. El interesado no quiso arrepentirse y Eduvigis supo de Jesús que se había condenado*³⁵.

Paulina nos dice: *Entre los condenados recuerdo un cierto Raimundo Santana y dos profesionales, el doctor Pes, un dentista de Cerdeña, un cierto Bochirio Pío y Manusto Pischedda con otra joven que se había suicidado*³⁶.

Un caso más conocido fue el de un sacerdote que en aquellos años de la segunda guerra mundial daba escandalosas conferencias, pues no admitía la presencia real de Jesús en la Eucaristía. Era muy inteligente y no llevaba una vida muy honesta. Le llamaron varias veces la atención de la Santa Sede, desde tiempos del Papa Pío X, cuando él enseñaba en la universidad de Roma. Él no quiso ceder nunca. Paulina dice: *Después de la muerte de este sacerdote, se le apareció en visión a Eduvigis, porque era una de las que había rezado por él y le dijo que estaba condenado, porque había escrito libros contra la fe católica y había dado mucho escándalo. Y para que no pensara que era una imaginación, el sacerdote tomó un libro que hablaba de cosas sagradas, que estaba en la habitación de Eduvigis y, al contacto con sus manos, el libro quedó quemado*³⁷.

Otro caso parecido, pero de distinto resultado, fue el del sacerdote romano padre Vannutelli. *Él había llevado una vida saludable, pero al ver su testamento*

³⁴ Sumario, p. 137.

³⁵ Madau Ernesto, *Ti chiami Edvige*, Roma, Ed. G.E.I., 2006, p. 402.

³⁶ Sumario, p. 117.

³⁷ Sumario, p. 115.

*después de morir muchos quedaron desconcertados, ya que allí decía que negaba la divinidad de Jesucristo y colocaba a todas las religiones del mundo en el mismo plano. Sin embargo, nunca había publicado sus ideas y se había salvado por su devoción a la Virgen María*³⁸.

Sobre el purgatorio escribe en su Diario en octubre de 1943: *Se me presentó uno y me tocó la muñeca, y me la quemó. No lo conocía, estaba vestido de oficial. Dijo:*

- *He muerto en la guerra. Quisiera unas misas, que sean celebradas por Monseñor Vitali. Tú y Paulina ofrezcan la comunión.*

Después de celebradas las misas y hechas las comuniones a su intención, se presentó de nuevo todo resplandeciente y dijo:

- *Voy al paraíso donde rezaré por vosotras, especialmente por Monseñor Vitali. Soy un ruso y me llamo Paolo Vischin. Mi madre me había educado en la santa religión; pero, al crecer, me dejé llevar por la mala vida que se vive en Rusia. Al punto de morir, me arrepentí y recordé las buenas palabras que de niño me decía mi madre*³⁹.

*Vitalia testifica: Algunos meses después del inicio de la última guerra mundial murió mi madrina y yo le comuniqué la noticia a Eduviges. Esa misma noche se le apareció, pidiéndole mandar celebrar dos misas, una por Monseñor Vitali y otra por Monseñor Massimi, y que recitara 100 requiem durante ocho días... A los ocho días se le apareció de nuevo para decirle que estaba salvada. Un coro de ángeles, precedido por Jesús y María, la habían introducido en el cielo en silla gestatoria... A los quince días, ocurrió un hecho singular. Se había presentado una señora vestida de oscuro con un manto negro en la cabeza y le había preguntado a Eduviges si necesitaba algún servicio. Como Corinna, la lavandera, no había llegado, Eduviges pensó que aquella alma buena la había mandado Jesús y aceptó. Cuando terminó de hacer los servicios de la casa, pues Eduviges estaba enferma, quiso recompensarla y aquella señora le dijo que era mi madrina que había venido a pagarle el bien que había hecho, anticipándole el ingreso al paraíso*⁴⁰.

Continúa Vitalia: Un cierto comunista, llamado Hugo, vino a mi tienda a pedirme dinero (estábamos en tiempo de elecciones). Sabiendo que el dinero era para su propaganda, no quise dárselo. Pero él se fue haciendo señas a sus

³⁸ Relación de Monseñor Nicola Storti, conservada entre los documentos de la Postulación de los pasionistas, p. 5.

³⁹ Diario, p. 460.

⁴⁰ Sumario, p. 139.

*compañeros de que se la pagaría. El tal Hugo, después de un tiempo, se compró una motocicleta y los domingos iba a gran velocidad a ciertos lugares a beber vino. Un domingo tuvo un accidente mortal al chocar contra un árbol y murió al instante. Yo y Eduvigis rezamos mucho por él. La Virgen le dijo a Eduvigis que, a pesar de que una vez había impedido la celebración de una procesión en su honor y llevar una mala vida, se había arrepentido de sus pecados al momento de su muerte y Dios lo perdonó, enviándolo al purgatorio*⁴¹.

Eduvigis escribió en julio de 1941: *Ayer por la mañana, después de la comunión, sentí que me tocaban la espalda y una voz triste me dijo al oído: “He muerto hace pocas horas bajo los escombros. Estoy sufriendo en el purgatorio. Son pocas horas y me parece un siglo. Dios es severo, pero es justo. Reza por mí y haz rezar a Monseñor Massimi y a Paulina y Vitalia. Rezad, rezad, libradme de estas tremendas penas*⁴².

SAN PÍO DE PIETRELCINA (1887-1968)

Cuando el padre Pío estaba en su pueblo de Pietrelcina por razón de enfermedad, el sacerdote que había sucedido al arcipreste Caporaso había notado en diferentes días que su predecesor ya difunto, estaba arrodillado detrás del altar. Lo mismo observó la mujer del sacristán, cuando por la mañana iba a la iglesia, pues veía un sacerdote celebrar la misa. El padre Pío también lo vio, pero no le dio importancia, pensando que era un sacerdote que había ido a rezar. Después de un mes, apenas terminada la misa, el difunto le dice al arcipreste: *Ahora puedes estar tranquilo, pues ya no vendré más. Pero qué caro cuesta hacer la procesión del Corpus después de la misa, sin hacer la acción de gracias. El arcipreste le contó al padre Pío que, cuando vivía el padre Caporaso, con frecuencia, apenas terminada la misa, se iba a la farmacia que estaba junto a la iglesia sin hacer la acción de gracias*⁴³.

En otoño de 1917, una tarde el padre Pío se sentó junto al fuego, porque estaba cansado y empezó a rezar el rosario. Se adormeció y, al despertarse, encontró un anciano junto al fuego envuelto en un capote. El padre Pío le preguntó:

- *Tú ¿quién eres y qué haces?*
- *Yo soy tal y tal, que murió quemado en este convento y estoy aquí para descontar mi purgatorio.*

⁴¹ Doc extr, p. 282.

⁴² Diario, p. 411.

⁴³ Positio (Positio super virtutibus) III/1, p. 805.

El padre Pío le prometió celebrar la misa del día siguiente por él y le pidió que no se hiciera ver más. Un día refirió este suceso al padre Paolino. El padre Paolino fue a la alcaldía y encontró que, ciertamente, había muerto quemado en el convento un anciano de nombre N.N. todo tal como lo había contado el padre Pío ⁴⁴. Se refería a Pietro Di Mauro, que había muerto quemado el 8 de septiembre de 1908.

El padre Marcelino cuenta que oyó más de una vez al mismo padre Pío lo siguiente: *Una noche me quedé a orar en el coro y, en cierto momento, oí ruido de candeleros proveniente del altar mayor. Pensé que algún hermano estaba en la iglesia, pero, continuando aquellos ruidos, pregunté:*

- *¿Quién es?*
- *Soy un novicio que descuento mi purgatorio, haciendo la limpieza del altar mayor, porque la descuidé cuando debí hacerla. Ore por mí.*

Después de unos momentos, salí del coro para acompañar a los hermanos que estaban calentándose en el fuego común, pero, apenas comencé a bajar las escaleras, encontré un joven desconocido. Sentí que era el novicio que me había hablado. Me dijo solamente: “Gracias”. Y desapareció ⁴⁵.

El 29 de diciembre de 1936 moría el padre Giuseppantonio. El padre Pío sabía que estaba muy grave. El día 30 el padre Pío lo vio en su habitación y le preguntó:

- *¿Cómo? ¿Me han dicho que estás gravemente enfermo y estás aquí?*
- *Ya se me han pasado todas las enfermedades.*

Y desapareció ⁴⁶.

En diciembre de 1937, una semana después de la muerte del provincial Bernardo D’Alpicella, por tres tardes consecutivas se le apareció al padre Pío que estaba en el coro. Vio que del altar de la Inmaculada de la iglesia de san Giovanni Rotondo regresaba a la sacristía. El padre Pío hablaba también de otras almas que se le aparecían para pedirle sufragios o para decirle que ya habían sido liberadas del purgatorio ⁴⁷.

⁴⁴ Positio III/1, p. 803.

⁴⁵ Positio II, p. 347.

⁴⁶ Positio III/1, p. 802.

⁴⁷ Positio III/1, p. 803.

Fray Modestino declaró en el Proceso de canonización: *El padre Pío me habló sobre la muerte de mi padre y me dijo: “Tu padre está en el purgatorio y tiene necesidad sufragios”. Sobre la suerte del padre Guido afirmó: “Ni siquiera ha estado en el purgatorio, está ya en el paraíso”. Este padre había sufrido dos meses sin lamentarse de un dolorosísimo tumor al pulmón* ⁴⁸.

El padre Pierino Galerone certificó en el Proceso que un día se le presentó una madre cuyo hijo había desaparecido en Rusia, pidiéndole que le preguntara al padre Pío si su hijo estaba vivo. El padre Pío con lágrimas en los ojos respondió: *Dile a la madre que yo mismo lo he acompañado al paraíso*. Ella explotó en llanto, pero poco a poco se serenó y esperó a que pasase el padre Pío para agradecerle y besar su mano ⁴⁹. El mismo padre Pierino refiere: *En 1948 alguien me preguntó sobre su hermana difunta. El año anterior el padre Pío había dicho que estaba todavía en el purgatorio, pero en esta oportunidad me respondió que ya estaba en el cielo* ⁵⁰.

⁴⁸ Positio II, p. 133.

⁴⁹ Positio II, p. 1105.

⁵⁰ Positio II, p. 1105.

BIBLIOGRAFÍA

- Benavent Felipe, *Vida, virtudes y milagros de la beata sor Josefa de Santa Inés*, Valencia, 1913
- Eugenia von der Leyen, *Mis conversaciones con las almas del purgatorio*, printed by Amazon, Italia.
- Jeiler Ignacio, *Vita della beata Madre Maria Crescenza Höss*, Firenze, 1900.
- María Ana Lindmayr, *Il mio rapporto con le anime del purgatorio*, Ed. Segno, 1999.
- Peña Ángel, *Los santos y las almas del purgatorio*, en www.libroscatolicos.org
- Simma María, *Le anime del purgatorio mi hanno detto*, Ed. Villadiseriane, 1995.
- Simma María con Nicky Eltz, *Fateci uscire da qui*, Ed. Segno, 1997.

&&&&&&&&&&&